

diéndose de él le dijo: „Vos y vuestros compañeros están en vuestra propia casa: comed y descansad, que yo volveré pronto.” Ido el monarca, mandó Cortes hacer una salva de artillería, para amedrentar con su estrépito á los mejicanos. Despues pasó á examinar las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa; y halló que era tan grande, que cabian en él cómodamente todos los españoles, con sus aliados y las mugeres y servidumbre que los acompañaba, y que componian una reunion de mas de siete mil personas. Por todas partes reinaba el mayor aseo y comodidad: casi todas las piezas tenian camas hechas con petates finos de palma y de tule, y rollos de lo mismo para servir de almohadas, abrigadas con cortinas de algodón, y puestas en bancos de madera. El piso de algunas estaba cubierto tambien de petates, y las paredes con lienzos de algodón de varios colores. En la parte superior del edificio habia á cortas distancias unas torres ó baluartes, y así es que los españoles hallaron allí cuanto podian apetecer para su comodidad y defensa. Dentro de un breve rato se presentó á Cortes y á sus capitanes un magnífico banquete, servido por la nobleza, y al resto de su tropa se dió de comer tambien con abundancia, aunque la comida era de inferior calidad. Este memorable dia fué el 8 de noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de los españoles.

## CAPITULO XVI.

*Conferencias de Moteuhzuma y Cortes. Pretextos de que este se vale para prenderlo. Su muerte y la de su hermano y sucesor Cuillahuatzin.*

Despues de haber comido los españoles, volvió Moteuhzuma á visitarlos. Hizo á Cortes nuevos regalos, y tomando asiento le dirigió el discurso siguiente: „Valiente general, y vosotros sus compañeros: todos mis cortesanos, y domésticos son testigos de la satisfacción que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos. Vuestra fama ha engrandecido los objetos, y turbado los ánimos. Decian que erais dioses inmortales, que veniais montados sobre fieras de portentosa grandeza, y ferocidad, y que lanzabais rayos, con los cuales haciais estremecer la tierra. Otros creian que erais monstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os habia obligado á dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comia tanto como diez de mis súbditos. Pero todos estos errores se han disipado con el trato, que ellos mismos han tenido con vosotros. Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demas en el color, y en la barba. Hemos visto por nosotros mismos que esas fieras tan famosas no son mas que ciervos mas corpulentos que los nuestros,

„ y que vuestros supuestos rayos son unas cervatanas  
 „ mejor construidas que las comunes , y cuyas bolas se  
 „ despiden con mas estrépito , y hacen mas daño que  
 „ las de aquellas. En cuanto á vuestras prendas per-  
 „ sonales , estamos bien informados por los que os co-  
 „ nocen de cerca , que sois humanos , y generosos , que  
 „ tolerais con paciencia los males , y que no usais de  
 „ rigor sino con los que excitan vuestro enojo con su  
 „ enemistad , y que no os servis de las armas , sino pa-  
 „ ra la justa defensa de vuestra persona. No dudo que  
 „ vosotros igualmente habreis desechado , ó desechareis  
 „ las falsas ideas que de mí os habrá dado la adulacion  
 „ de vuestros vasallos , ó la malevolencia de mis ene-  
 „ migos. Os habrán dicho que soy uno de los dioses  
 „ que se adoran en esta tierra , y que tomo cuando  
 „ quiero la forma de leon , de tigre , ó de otro cualquier  
 „ animal : pero ya veis ( y al decir esto se tocó un bra-  
 „ zo como para hacer ver que estaba formado á guisa  
 „ de los otros hombres ) que soy de carne y hueso como  
 „ los demas mortales , aunque mas noble que ellos por  
 „ mi nacimiento , y mas poderoso por la elevacion de  
 „ mi dignidad. Los cempoaltecas , que con vuestra pro-  
 „ teccion se han sustraído á mi obediencia , aunque no  
 „ quedará impune su rebelion , os habrán hecho creer ,  
 „ que los muros , y los techos de mi palacio son de oro ,  
 „ pero vuestros ojos pueden desmentirlos. Este es uno  
 „ de mis palacios , y ya veis que los muros son de cal  
 „ y canto , y los techos de madera. No niego que son  
 „ grandes mis riquezas , pero las aumenta la exagera-  
 „ cion de mis súbditos. Algunos se os habrán quejado  
 „ de mi crueldad , y de mi tirania , pero ellos llaman  
 „ tirania el uso legítimo de mi autoridad , y crueldad la

„ necesaria severidad de la justicia. Depuesto así por  
 „ una y otra parte todo concepto desventajoso ocasio-  
 „ nado por las falsas noticias , acepto la embajada del  
 „ gran monarca que os envia , aprecio su amistad , y  
 „ ofrezco á su obediencia todo mi reino , pues en vista  
 „ de las señales que hemos observado en los cielos , y  
 „ de lo que vemos en vosotros , nos parece llegado el  
 „ tiempo de que se cumplan los oráculos de nuestros  
 „ antepasados , en los cuales se anunciaba que debian  
 „ venir de la parte de Levante ciertos hombres diferen-  
 „ tes de nosotros en trages , y costumbres , y que al fin  
 „ serian señores de estos paises. Nosotros no somos  
 „ originarios de ellos : hace muchos años que nuestros  
 „ progenitores vinieron de las regiones septentrionales ,  
 „ y nuestro dominio no ha sido hasta ahora , si no co-  
 „ mo lugar-tenientes de Quetzalcohuatl , nuestro dios ,  
 „ y legítimo señor.”

El fin de esta arenga explica la conducta de Mo-  
 teuhzuma , al parecer contradictoria , y manifiesta que  
 la supersticion que lo dominaba fué la causa principal  
 de su ruina. Efectivamente , un rey absoluto como él ,  
 y acostumbrado por tantos años á mandar despótica-  
 mente á una numerosa nacion , era natural que procu-  
 rase alejar de sí cuanto pudiese á unos huéspedes que  
 segun los oráculos en que creia debian enseñorearse  
 del país , y despojarlo de su alta dignidad ; pero tam-  
 bien lo era que al tener á la vista á esos huéspedes ,  
 enviados por Quetzalcohuatl , que habian superado tan-  
 tos obstáculos , y á quienes se habian unido tantos  
 pueblos en su tránsito , los considerase traídos por la  
 irresistible voluntad de su dios , y confesase en su pre-  
 sencia lo precario de su dominio , pues de otra manera

hubiera ofendido á ese mismo dios, de quien solo se consideraba lugarteniente. El general español, aprovechándose de la credulidad del monarca, despues de darle las gracias por los beneficios que de él habia recibido, contestó que era enviado por el rey mas poderoso de Europa, el cual, aunque podia aspirar como descendiente de Quetzalcohuatl al pleno dominio del pais, se contentaba con establecer una confederacion y amistad perpetua con los reyes mejicanos; y que el fin de su embajada no era despojarlo del imperio, sino anunciarle la verdadera religion, y darle consejos importantes para mejorar su gobierno y la suerte de sus vasallos: seguridades que desmintió bien pronto, como veremos.

Al dia siguiente correspondió Cortes su visita al rey, y en ella se extendió la conversacion sobre varios asuntos, siendo el principal el de la religion cristiana, cuyos principales misterios explicó Cortes, y aunque no logró persuadir á Moteuhzuma de las verdades que le anunciaba, obtuvo, segun dicen los historiadores, que no se volviese á servir en su mesa carne humana. Recibió tambien en esta ocasion grandes regalos de Moteuhzuma, que consistian en varias alhajas de oro, un collar del mismo metal para cada soldado, y diez cargas de vestidos de algodón.

Uno de los dias siguientes subieron los españoles al templo mayor, donde encontraron al rey que se les habia anticipado para evitar que cometiesen algun atentado contra los ídolos. Cortes, al considerar el horrendo estrago que hacia en aquel lugar la bárbara supersticion de los mejicanos, dijo á Moteuhzuma; „Me maravillo, señor, de que un monarca tan sabio adore como

dioses esas abominables figuras del demonio.” Moteuhzuma se ofendió mucho de esta reconvençion; y habiendo Cortes escusádose, y despidiéndose para retirarse á sus cuarteles, le dijo el rey: „id en buena hora, que yo me quedo aquí, para aplacar á los dioses, irritados con vuestras blasfemias.” Sin embargo de este disgusto, continuó tratándolo con cariño, y llenándolo de favores, mientras Cortes revolvía en su imaginacion la manera con que debia llevar al cabo el proyecto de prenderlo, que habia formado, segun escribió á Carlos V, desde su salida de Cempoalan. Las hostilidades cometidas por el gobernador de Nauhltlan contra la guarnicion de Veracruz, y de cuyas resultas habia muerto Juan de Escalante, fueron el pretexto de que se valió para cometer una accion tan atrevida, y tan agena de la gratitud con que debia mirar á un rey que tanto lo habia favorecido. Hasta entónces habia tenido oculto aquel descalabro, para no intimidar á su tropa; y pareciéndole que era ya tiempo de revelársele para concertar con los gefes el modo de apoderarse de la persona de Moteuhzuma, lo verificó, haciéndoles presente las ventajas que deberian seguirse de la ejecucion de este atentado, y disminuyendo los peligros y malos resultados que podia tener.

Arreglado el infame complot, y puesta la tropa sobre las armas, dispuso Cortes que cinco de sus capitanes, y veinte y cinco soldados de los mas resueltos, se dirigiesen de dos en dos al palacio de Moteuhzuma, á donde él se encaminó tambien en compañía de su intérprete Doña Marina. Introducidos á presencia del rey, les mandó este tomar asiento, les regaló algunas alhajas de oro, y presentó á Cortes á una de

sus hijas para que la tomase por muger, y lo mismo hizo con varias hijas de otros nobles, que dió á los demas oficiales. La pluma se cae de la mano al considerar que este exceso de generosidad y benevolencia no fué bastante para desarmar á los españoles, y hacer que desistiesen de una empresa, ademas de bárbara, innecesaria; pues esta accion de Moteuhzuma, y la sencilla confesion que habia hecho en su primera visita á Cortes de lo precario de su autoridad, indicaban con bastante claridad qual era el camino de estrechar con los mejicanos una alianza duradera, con ventajas de ambas naciones, y sin echar este negro borron que oscurece el brillo de las grandes hazañas obradas en la conquista. Pero dejando á un lado estas tristes reflexiones, véamos como salió Cortes del conflicto en que debió hallarse su corazon, al recibir del monarca esta prueba tan señalada de su amor. Se excusó al principio de recibir á la princesa, alegando que estaba casado en Cuba, y que su ley no le permitia tener dos mugeres, aunque al fin la admitió por no disgustarlo, con objeto de reducirla al cristianismo. Despues hizo recaer la conversacion sobre la conducta del señor de Nauhtlan, quejándose de las hostilidades que habia cometido contra los totonacas, y de la guerra que habia hecho á la guarnicion de Veracruz, en la que habia muerto Juan de Escalante y otros seis españoles. „Todos, le dijo, os inculpan como al principal autor de estos sucesos; mas yo „estoy léjos de creer tamaña perfidia, qual seria la de „tratar como enemigo en aquella provincia al que en „vuestra corte estais colmando de favores.” Moteuhzuma contestó que los que le hacian esa imputacion serian sus enemigos los tlaxcaltecas; que Quauhpopoca,

señor de Nauhtlan, habia obrado sin órden suya; y para satisfacer á Cortes dispuso que lo hiciesen venir inmediatamente á la capital, ofreciendo ponerlo en sus manos, en union de los que hubiesen contribuido á la muerte de los españoles. „¿Puedo hacer mas, dijo á Cortes, para aseguraros de mi sinceridad?” „No dudo de ella, respondió este; mas para disipar el error en que están vuestros mismos vasallos, de que el atentado se ha cometido por órden vuestra, es necesario que hagais una demostracion extraordinaria que manifieste la benevolencia con que nos mirais. Ninguna me parece mas conveniente que la de que os digneis venir á vivir con nosotros, hasta que lleguen los reos, y por su confesion se aclare vuestra inocencia. Esto servirá para satisfacer á nuestro soberano, para justificar vuestra conducta, para honrarnos y ponernos á cubierto bajo la sombra de vuestra magestad.” „¿Donde se ha visto, dijo Moteuhzuma, que un soberano se deje llevar preso? Aun cuando yo consintiese en semejante vileza ¿lo permitirian mis vasallos? Sin someterme á tal infamia, estoy pronto á satisfacer vuestras quejas.” Cortes procuró suavizar lo insultante de su propuesta, manifestándole que la casa á donde se le convidaba á ir era uno de los palacios reales, y que los mejicanos, acostumbrados á verlo mudar de residencia, no debian extrañar se trasladase á la casa de su difunto padre Axayacatl, en donde seria honrado y servido por los españoles, lo mismo que si fuese por sus súbditos. El rey perseveró en su repugnancia, y Cortes en su pretension, hasta que uno de los oficiales españoles dijo en tono colérico, *que se dejasen las palabras, y que seria mejor llevarse al rey por fuerza, ó quitarle la vida.*

Moteuhzuma preguntó á Doña Marina qué decia aquel furioso, y ella le respondió: „Si os dignais hacer lo que „ estos hombres solicitan, sereis tratado con todo el ho- „ nor y distincion que se debe á vuestra real persona; „ pero si insistis en vuestra negativa, vuestra vida co- „ rre peligro.” Entónçes Moteuhzuma, temiendo pe- rerer ántes de que sus guardias pudiesen darle socorro, dijo á Cortes: „Quiero fiarme de vos: vamos, pues que los dioses lo quieren así;” y preparada la litera se puso en ella para ir al cuartel de los españoles.

Al salir de su palacio dijo á sus cortesanos que por ciertos motivos, que habia ya consultado con los dioses, iba por su gusto á vivir algunos dias con aquellos ex- trangeros, y les ordenó que así lo publicasen por la ciudad. Sin embargo de esto, de que salió con el mis- mo tren y magnificencia que acostumbraba, y de que los españoles iban á su lado aparentando que lo honra- ban, el tropel de gente que acudió á presenciar este extraordinario suceso manifestó bien claramente el vivo sentimiento que le causaba, pues unos lloraban, y otros se tiraban al suelo como desesperados. Fué necesario que el rey, mirando que no se tranquilizaban con las protestas que les hacia del gusto con que iba á residir entre los españoles, impusiese pena de muerte al que ocasionase la menor inquietud. Cortes por su parte, despues de haber reforzado las guardias, intimó tanto á los españoles como á los aliados que lo tratasen y lo sirviesen con el respeto debido á su alta dignidad, y permitió que lo visitasen cuantas personas quisiesen, con tal de que no se reuniesen muchas á un tiempo.

Moteuhzuma en su prision daba audiencia á sus va- sallos, y gobernaba como ántes por medio de sus mi-

nistros y consejeros. Lo servian sus criados con la mis- ma diligencia y puntualidad de siempre. Cuando co- mia, despues de haber escogido lo que le gustaba, dis- tribuia lo demas entre los españoles que lo guardaban, y los mejicanos de su servidumbre. Cortes mostraba tanto celo en que sus soldados lo respetaran, que man- dó apalear á uno por haberle respondido con aspereza, y aun lo habria mandado ahorcar, segun algunos his- toriadores, si el mismo Moteuhzuma no hubiera inter- cedido por él. Cuando iba á visitarlo le hacia los mis- mos acatamientos que cuando estaba en su palacio. Pa- ra distraerlo, mandaba á sus soldados que hiciesen va- rias evoluciones militares, ó que jugasen en su presen- cia, y el mismo rey solia jugar con él y con el capitan Alvarado, manifestando gusto en que le ganasen para tener motivos de ejercer su liberalidad.

El palacio en que estaban era como se ha dicho del rey Axayacatl, y se guardaba allí un gran tesoro que habia pertenecido á este monarca. Los soldados espa- ñoles, como se deja suponer, no lo respetaron, y así es que con frecuencia sacaban piezas de oro, plumas, ves- tidos, liquidambar y otras cosas de las que allí se con- servaban. Cortes al principio avisó á Moteuhzuma que esto habia sido sin su conocimiento, y que ya habia mandado reponerlas donde estaban. „Como no toquen, dijo el rey, las imágenes de los dioses, ni lo que está destinado á su culto, tomen cuanto quieran.” Con es- te permiso se desmandaron mas los españoles, y aun- que Cortes quiso varias veces castigarlos, el rey no se lo permitió. A pocos dias presentó á Cortes á otra de sus hijas, y este la recibió para casarla con Cristobal Olid, maestre de campo de las tropas españolas. Es-

ta princesa , en union de la que ántes le habia dado , fué prontamente bautizada , sin que el rey hiciese la menor resistencia.

Despues de mas de quince dias de la prision de Moteuhzuma , fueron conducidos de Nauhtlan el infeliz Quauhpopoca , uno de sus hijos , y quince nobles de aquella provincia que habian tenido parte en la guerra contra la guarnicion de Veracruz. Moteuhzuma , despues de haber recibido muy mal á Quauhpopoca , lo puso con los demas á disposicion de Cortes , para que examinado el delito fuesen castigados con la pena correspondiente. ¿Mas qué delito habian cometido estos desgraciados? Moteuhzuma les habia dado orden para reducir á los totonacas , y si no pudieron verificarlo sin venir á las manos con los españoles que protegian á esos rebeldes , no solo no fué culpable su conducta , sino meritoria. Por otro lado el suceso de Escalante fué muy anterior á la entrada de Cortes en Méjico , pues este lo supo desde Cholula , y así no podia echárseles en cara , como dice Clavigero que lo hizo Moteuhzuma , el haber tratado como enemigos á unos extrangeros á quienes él habia recibido amigablemente en su corte. Fué , pues , en esta ocasion la conducta del rey tan injusta y débil , como barbara la de Cortes por el suplicio á que los condenó.

Los reos confesaron el hecho , y aunque al principio no inculparon al rey , viéndose amenazados del tormento , y de una muerte que acaso creyeron evitar declarando lo que Cortes deseaba , confesaron al fin que lo que habian hecho habia sido mandado por el rey. Cortes , fingiendo que no creia sus excusas , los condenó á ser quemados vivos. Mientras se disponia la hoguera,

pasó á la estancia de Moteuhzuma y le dijo : „Señor , los reos han confesado su delito , inculpandoos á vos como autor de la muerte de mis españoles. Yo los he condenado al suplicio que merecen , y que merecis vos mismo en virtud de su confesion. Sin embargo , considerando los grandes beneficios que nos habeis hecho , os concedo la gracia de la vida , aunque no puedo evitar que sufrais una parte de la pena á que os habeis hecho acreedor.” Y diciendo esto , mandó lleno de ira á un soldado que le pusiese unos grillos en los pies , y sin querer oirlo le volvió la espalda , y se retiró. La sorpresa del monarca fué tan grande , que lo privó de sentido ; y cuando volvió en su acuerdo , prorrumpió en ademanes de impaciencia , aunque de allí á poco se serenó , atribuyendo su desventura á disposicion de los dioses.

Despues de asegurado el rey , y prohibida la entrada á los mejicanos que venian á visitarlo , mandó conducir Cortes al suplicio á los supuestos reos. Estaba la hoguera encendida en frente del palacio principal , y la leña consistia en una gran cantidad de arcos , flechas , dardos , lanzas , macanas y escudos que habia en una armeria , porque así lo exigió Cortes para libertarse de la inquietud que le ocasionaba la vista de tantas armas. Quauhpopoca protestó de nuevo su inocencia , repitiendo que cuanto habia hecho habia sido por orden expresa del rey : hizo oracion á sus dioses , y exhortó á sus compañeros á que muriesen con valor. En pocos minutos fueron consumidos todos en presencia de un pueblo innumerable , que segun congetura fundadamente Clavigero , se mantuvo quieto por creer que la sentencia se ejecutaba por orden del rey. El apocamiento de

este era tal, que cuando terminada la ejecucion fué Cortes á quitarle los grillos, ponderándole la gracia que le hacia concediéndole la vida, manifestó la mayor alegría, abrazó á Cortes muy afectuoso, y dió muchos regalos á los españoles y á sus vasallos. Cortes mandó retirar la guardia que lo custodiaba, y le dijo que podia cuando quisiera volver á su palacio; pero estaba seguro de que no lo haria, como de facto no lo hizo, sin duda porque no ignorando cuanto desaprobaban sus súbditos el envilecimiento á que se habia reducido, se creia mas seguro viviendo con los españoles.

El suplicio de Quauhpopoca hizo en la nobleza la mayor impresion, y Cacamatzin, rey de Tezcoco, avergonzado de ver á su tio Moteuhzuma en tan degradante situacion, le mandó decir que se acordase de su alta dignidad, y sacudiese el yugo de aquellos advenedizos; y mirando que no hacia aprecio de sus consejos, se determinó á hacer la guerra á los españoles. Mas la fortuna de estos permitió que los mejicanos, que no tenian gran concepto de Cacamatzin, desconfiasen de él, temiendo que bajo el celo que aparentaba por el honor de su tio ocultase miras ambiciosas, y el designio de usurparle la corona. Viéndose, pues, sin partido en Méjico, se dirigió á Tezcoco con ánimo de tomar la empresa por su cuenta. Reunió al consejo, y le expuso el miserable estado de la capital, y las consecuencias que podrian sobrevenir al reino de Aculhuacan, si se llegaba á consolidar la autoridad que los españoles se habian arrogado en Méjico, diciendo que era llegado el tiempo de combatir por su religion, por su libertad y por su honor, ántes de que el poder de los extrangeros se aumentase con nuevos refuerzos que les viniesen de

su pais, ó con nuevas alianzas, como la que habian celebrado con los tlaxcaltecas. Algunos ancianos le manifestaron lo peligroso que era tomar aquella resolucion, porque ademas de ser los españoles belicosos y resueltos, la amistad de Moteuhzuma con ellos lo induciria á sacrificar á su ambicion todos los intereses de la sangre y de la patria; pero la mayor parte de los consejeros se prounciaron por la guerra, ó porque esta fuese su opinion, ó por no contradecir al rey.

La noticia de los preparativos de guerra que se hacian en Tezcoco no tardó en llegar á Moteuhzuma y á Cortes. Este se sobresaltó; mas considerando que la fortuna lo ayudaba en sus empresas, pensó marchar á Tezcoco con sus tropas, y prevenir el golpe que lo amenazaba; pero habiéndolo disuadido Moteuhzuma de tan osado proyecto, determinó enviar una embajada á Cacamatzin, recordándole la amistad que le habia ofrecido en su primera entrevista tenida en Ayotzinco, y haciéndole presentes otras consideraciones sobre los males de la guerra. Cacamatzin contestó que no podia tener por amigos á los que le quitaban el honor, oprimian á su patria, é insultaban su religion, y que si queria evitar el golpe que le amenazaba, saliese prontamente de Méjico y se restituyese á su pais. Le envió Cortes segundo mensage, y no habiendo tenido mejor éxito que el primero, se quejó con Moteuhzuma, fingiendo sospechar que él tenia alguna inteligencia con su sobrino. Para satisfacerlo envió Moteuhzuma á decir á Cacamatzin que viniese á visitarlo, y que él hallaria modo de ajustar aquella disension; pero indignado este, le contestó que si conservara todavía algun sentimiento de honor, se avergonzaria de verse hecho esclavo de

aquellos aventureros; que iria en efecto á la corte, como se lo rogaba, pero no con las manos en el seno, sino al frente de un ejército, para borrar el oprobio de los mejicanos con la sangre de los españoles.

Consternado Moteuhzuma con esta respuesta, y ofuscado su espíritu, temiendo por una parte ser víctima de la venganza de los españoles, y por otra del furor de Cacamatzin, cometió un acto de perfidia. Dió instrucciones secretas á unos oficiales mejicanos que servian en la guardia de su sobrino, para que se apoderasen de él y lo condujesen á Méjico. Uno de los palacios del infeliz Cacamatzin estaba construido á orillas de la laguna, y como allí residia él entónces, le fué muy fácil ejecutar las órdenes de Moteuhzuma, atacando al rey en medio de la oscuridad de la noche, con tanta prontitud, que ántes de que viniesen los suyos á su socorro lo metieron en una canoa, y lo llevaron á Méjico. Moteuhzuma lo puso inmediatamente en manos de Cortes; y este, que no tenia la menor idea del respeto que se debe á un soberano, mandó encadenarlo, y encerrarlo bajo la custodia de una buena guardia. Se hallaba en Méjico un hermano de Cacamatzin, llamado Cuicuitzcatzin, á quien habia tratado no como á hermano sino como á enemigo, y por huir de su persecucion se habia refugiado en el palacio de su tío Moteuhzuma, y este príncipe fué el que con aprobacion de Cortes sucedió á Cacamatzin en el reino de Aculhuacan, con agravio de Coanacotzin é Ixtlilxochitl, que tenian mas derecho á la corona.

No tardó mucho Cortes en apoderarse del rey de Tlacopan, de los señores de Tlatelolco, Iztapalapan y Coyohuacan, hermanos estos dos de Moteuhzuma,

y de uno de los sumos sacerdotes; y animado con estos sucesos, y con la deferencia con que el rey se prestaba á todos sus deseos, obtuvo que él y sus súbditos reconociesen al rey de España por legítimo soberano, como descendiente de Quetzalcohuatl. Al confesarse Moteuhzuma súbdito de otro monarca sintió tan gran pena, que el llanto interrumpió el discurso que en aquel acto dirigió á la nobleza, el cual fué acompañado del de todos los concurrentes, en términos que los españoles llegaron á enternecerse. Cortes dió gracias al rey y á todos los nobles por su pronta y sincera sumision, declarando que su soberano no pretendia privar de la corona á Moteuhzuma, el cual seguiria mandando como siempre á los mejicanos, reconociendo solo el alto dominio del monarca español en el pais de Anáhuac.

En seguida indujo Cortes á Moteuhzuma á que diese algunas pruebas de subordinacion, por medio de algun tributo á su soberano. El rey de Méjico no quedó corto en esta ocasion; pues le cedió el tesoro de su padre Axayacatl, que se conservaba en el palacio que servia de alojamiento á los españoles, y que era tan considerable, que deducido el quinto para el rey de España, tuvo Cortes lo bastante para pagar las deudas que habia contraido en Cuba para armar su expedicion, y para remunerar á sus oficiales y soldados, quedándole lo bastante para los gastos que pudieran ofrecérsele en lo sucesivo. Además del quinto, se destinaron al rey de España varias piezas de oro y plata de exquisito trabajo, y cuyo valor, segun el mismo general, pasaba de cien mil ducados.

Poco duró á los españoles la felicidad de que goza-

ban, viéndose dueños de un país tan opulento. Moteuhzuma, estrechado por la nobleza, que cada día estaba más impaciente con el nuevo yugo, y amenazado por los sacerdotes, que le anunciaban horribles castigos del cielo, si no despedía pronto a aquellos extranjeros que venían á destruir el culto de sus dioses, mandó llamar á Cortes, y le dijo resueltamente que era necesario que saliese de sus estados; que bastantes pruebas le había dado de su amistad; pero que ni sus dioses, ni sus vasallos, consentían que permaneciese más tiempo en ellos. Cortes disimulando el pesar que le causó esta inesperada declaración, le contestó que estaba pronto á regresar á su patria, pero que no teniendo buques en que verificarlo, necesitaba tiempo para construirlos; y Moteuhzuma, lleno de gozo al ver la facilidad con que el general español se disponía á complacerlo, le dijo, abrazándolo, que no corría tanta prisa su viaje; que construyese sus buques, y que él le daría gente para que cortase la madera necesaria y la llevase al puerto. Mas apenas habían pasado ocho días, cuando lo volvió á llamar y le manifestó que ya no era necesario construir los barcos, pues acababan de llegar á Veracruz diez y ocho semejantes á los que había destruido, en los cuales podría embarcarse.

El júbilo que sintió Cortes, creyendo que la gente que venía era algún auxilio que le enviaban de la corte, se cambió en el más amargo dolor, cuando supo por las cartas que le escribió Sandoval que era una expedición de once navios y siete bergantines, en que venían ochocientos infantes, ochenta y cinco caballos, y más de quinientos marineros, con doce piezas de artillería y abundantes municiones de guerra, al mando de Pánfilo

de Narvaes, y que venía dirigida por el gobernador de Cuba, Diego Velazquez, contra el mismo Cortes, como vasallo rebelde y traidor á su soberano. Disimuló su cuidado en presencia de Moteuhzuma, diciéndole que aquella gente eran nuevos compañeros que le venían de Cuba, y lo mismo hizo con su tropa. Se valió de algunos mediadores para conciliarse el ánimo de Narvaes, aunque inútilmente; pues este, respondiendo á una embajada que le había mandado el emperador, lo acusaba de traidor, prometía castigarlo por el atentado que había cometido aprisionándolo, y se ofrecía á ponerlo en libertad.

Moteuhzuma tuvo la mejor ocasión para deshacerse de sus enemigos, destruyendo tanto las fuerzas de Cortes como las de Narvaes; pero lejos de hacerlo así, y de ceder á las sugerencias del segundo, cuando supo que Cortes proyectaba una expedición contra él, le ofreció auxiliarlo con su ejército, y se mostró apesadumado por el riesgo que corría teniendo que luchar contra fuerzas tan superiores á las suyas. Cortes, agotados los medios de pacificación, se dirigió contra Narvaes, dejando en Méjico ciento cuarenta españoles al mando de Alvarado, y las tropas de Tlaxcala, recomendándoles la buena armonía con los mejicanos, principalmente con el rey y la nobleza.

Después de seis meses de residencia en la capital salió Cortes de ella, á principios de mayo de 1520, con setenta españoles y algunos nobles mejicanos. En Cholula se le incorporó el capitán Velazquez, que regresaba de Coatzacoalco con alguna tropa, y en Tapanacuetla el capitán Sandoval, con sesenta hombres de la guarnición de Veracruz; de manera que toda la

fuerza con que emprendió esta temeraria campaña no pasaba de doscientos cincuenta hombres. Entró á media noche en Cempoala, donde se hallaba Narvaez, y encaminándose con el mayor silencio al templo mayor, que era el cuartel de su enemigo, lo asaltó improvisamente con tanta decision, que al rayar el dia era dueño del puesto. Mandó á Narvaez encadenado á Veracruz, se hizo reconocer por sus tropas capitán general, dispuso que se quitaran á los buques las velas, las brújulas y los timones, y se halló con cerca de dos mil hombres de fuerza, entre los cuales habia cien caballos, y con muchas provisiones de guerra.

Apenas habia conseguido esta brillante victoria, cuando tuvo que regresar precipitadamente á la capital, de donde habia recibido las mas infaustas noticias. Se hacia á Huitzilopuchtli en aquel mes una gran fiesta, la cual era la mas solemne del año, y se celebraba con bailes del rey, de la nobleza y del pueblo. No habiendo permitido Alvarado que se hiciese en el templo mayor, se dispuso el baile en el patio del palacio en que se hallaba alojado, en donde como se ha dicho vivia tambien Moteuhzuma. Llegada la hora, concurrieron muchísimos nobles (no falta quien haga ascender su número á dos mil), cubiertos con los mas ricos adornos que tenian; y mientras bailaban, mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas, haciendo á los demas señal para que atacasen á los indefensos mejicanos, en los que hicieron un terrible estrago, despojándolos de sus preciosas joyas, y dejando el patio lleno de cadáveres. Muchos historiadores afirman que la codicia de Alvarado fué la que lo indujo á un hecho tan atroz y bárbaro; pero Clavigero presume

que habiendo tenido noticia de que los mejicanos con pretexto del baile se proponian dar un golpe á los españoles, quiso anticiparse, siguiendo el proverbio español de que quien da primero da dos veces. Irritado el pueblo con este inhumano golpe, en que habia perdido la flor de su nobleza, trató desde aquel dia á los españoles como á enemigos capitales. Atacó el cuartel lleno de furia, y fue rechazado por los españoles; volvió á la carga el dia siguiente, haciéndoles mucho estrago, y los habria acabado, si el rey no se hubiera presentado al tropel de combatientes, y refrenado su furor. El respeto al monarca lo contuvo para no atacar ya con las armas el cuartel; pero resolvió sitiar á los españoles por hambre, impidiendo que se introdujesen en él víveres, á cuyo fin se abrió un ancho foso al rededor.

La situacion de los españoles era extrema, cuando llegó Cortes á Méjico el 21 de junio. Al entrar en el cuartel lo salió á recibir Moteuhzuma, pero él se pasó de largo sin fijar su atencion en el monarca, lo que afligió á este en extremo. Reprendió severamente á Alvarado, y le habria impuesto el castigo que merecia, si no hubiera conocido que necesitaba de su valor en aquellas circunstancias. Con los refuerzos que traia entre españoles y tlaxcaltecas contaba con un ejército de nueve mil hombres, que no cabiendo en el cuartel, fueron alojados en los edificios anexos al templo mayor que se hallaba inmediato; y habiéndose aumentado la escasez de víveres con esta nueva tropa, requirió á Moteuhzuma con grandes amenazas para que diese orden de que se celebrase el mercado, á fin de proveerse de lo que necesitaba. El rey contestó, que las personas autorizadas de que podia valerse para complacerlo

se hallaban presas como él; y entónces Cortes puso en libertad á su hermano Cuiclahuatzin, muy ageno de pensar que este príncipe ocasionaria la ruina de su tropa; pues no solo no restableció el mercado, sino que, sea porque así se lo dictaban sus sentimientos, ó porque el pueblo lo estrechó á ello, el fué quien desde entónces se puso á la cabeza de los mejicanos, y dirigió las hostilidades contra los españoles, correspondiendo cumplidamente á los deberes de general, cuyo empleo ejercia ántes que viniesen á Méjico.

Desde que volvió Cortes tuvo necesidad de estar en continua lucha con los mejicanos, que todos los dias renovaban sus ataques al cuartel. En uno de ellos, en que venian preparados á un asalto general, viendo Moteuhzuma el conflicto de los españoles, y el riesgo en que él mismo se hallaba, se determinó á hablar á la muchedumbre desde la azotea de su palacio, y serenarla con la promesa que Cortes le habia hecho de salir de la ciudad al punto que depusieran las armas. Hizolo en efecto vestido con las insignias reales, y escoltado por sus ministros y muchos españoles, y fué escuchado con gran silencio; mas á poco rato de haber concluido su discurso, uno de la muchedumbre alzó la voz, llamándolo cobarde y afeminado, y mas digno de manejar el huso y la rueca, que de gobernar á la valerosa nacion mejicana; y no contento con estas injurias, le disparó una flecha. Siguió su ejemplo el populacho, y llovieron sobre el lugar en que se hallaba el infeliz monarca una multitud de dardos y piedras. Los historiadores españoles refieren que aunqu estaba resguardado con dos rodelas, fué herido de una pedrada en la cabeza, de otra en una pierna y de una flecha en el brazo, de

cuyas resultas murió al cabo de pocos dias; los mejicanos, por el contrario, dicen que lo mataron los españoles, y así lo escribe el P. Sahagun. Murió Moteuhzuma á los cincuenta y cuatro años de edad, y diez y ocho de reinado, en el séptimo mes de su prision. Sus buenas y malas cualidades, dice Clavigero, pueden inferirse de la relacion de sus hechos. Fué circunspecto, magnífico, liberal, celoso defensor de la justicia, y agradecido á los beneficios de sus súbditos; pero su altanera circunspeccion hacia inaccesible el trono á los lamentos de los oprimidos. Su magnificencia y liberalidad se ejercian á expensas de la sustancia de los pueblos, y su justicia degeneraba á veces en crueldad. Fué exacto y puntual en los deberes de la religion, y muy adicto al culto de sus dioses. En su juventud fué animoso y dado á la guerra, habiendo quedado victorioso, segun dicen, en nueve batallas; pero en los últimos años de su reinado los placeres domésticos, la fama de las primeras victorias de los españoles, y sobre todo los errores de la supersticion habian degradado de tal manera su ánimo, que parecia haber mudado de sexo, como le echaban en cara sus súbditos. Se deleitaba en la música y en la caza, y era tan diestro en el ejercicio del arco como en el de la cerbatana. Era de alta estatura y buena complexion, y tenia el rostro largo, y los ojos vivos. Dejó muchos hijos, tres de los cuales perecieron en la *noche triste*, de que despues se hablará, y los demas fueron bautizados despues de la conquista. De uno de ellos descenden los condes de Moteuhzuma y Tula, y la posteridad de los otros, aunque muy honrada á los principios por los singulares pri-